

Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América: a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico

THE NEW MEXICAN COMMUNITIES INSIDE
THE RURAL SPACES OF USA: RETHINKING THE
ANTHROPOLOGICAL TASK

Resumen

En otros trabajos he documentado el crecimiento del flujo migratorio que une a las comunidades rurales de México con los campos agrícolas de California, como resultado de la expansión y reintensificación de la agricultura norteamericana (J.V. Palerm, 1989, 1991, 1993, 1994a, 1994b, entre otros). Este ensayo agrega algunas reflexiones de carácter teórico y práctico en torno a dicha experiencia. Primero, aplicando las ideas avanzadas por Karl Kautsky (1899) y Angel Palerm (1980) sobre los límites de la agricultura capitalista y su dependencia de fuentes de trabajo campesinas (no capitalistas). El caso de la agricultura de California servirá para resucitar una vieja discusión acerca del papel de los campesinos en el desarrollo del capitalismo. Segundo, aplicando las ideas de Sidney Mintz (1979 y 1985) acerca de la conveniencia analítica de integrar la producción y el consumo de las mercancías agrícolas en un mismo marco de referencia, examinaremos los factores del consumo que estimulan la demanda mundial de los productos agrícolas de California que se producen con mano de obra mexicana. Aprovechamos la ocasión para levantar algunos puntos de discusión acerca de la práctica antropológica y la formación de antropólogos capaces de enfrentar teórica y prácticamente temas del mundo moderno.

Palabras clave

Campesinado, migraciones, intensificación, comercialización, práctica antropológica.

Abstract

I have documented in other works an increase in the migratory flow between Mexico's rural communities and California's agricultural fields, as a result of the growth and reintensification of USA agriculture (J.V. Palerm, 1989, 1991, 1993, 1994a, 1994b). I will add in this paper some theoretical and practical reflections about that experience. First, I will apply those ideas that were proposed by Karl Kautsky (1899) and Angel Palerm (1980) on the limits of capitalist agriculture and its dependence on peasant labour sources (non-capitalist). The case of California's agriculture will do for reviving an old discussion on the peasantry and its role in the development of capitalism. Second, I will apply the ideas of Sidney Mintz, on the analytical usefulness of integrating the production and consumption of agricultural commodities inside the same framework. We will look at the consumption factors that do stimulate the world demand of California's agricultural products that are being produced on the basis of Mexican labour. Last, we will propose some questions about anthropological practice and the need of training anthropologists for being able to face up the problems of modern world.

Key words

Peasantry, migrations, intensification, commercialization, anthropological task.

Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América: a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico¹

(1) El presente ensayo resultó de la combinación de dos conferencias: "Del debate campesino en México al análisis de la agroindustria en California," dictada el 27 de febrero de 1998, en la Universidad Iberoamericana como parte del *Homenaje a Carmen Viqueira*; y "Food for the Rich, Work for the Poor," dictada el 23 de abril de 1998, en la Universidad de California-Santa Bárbara como parte del coloquio *Race, Inequality and Gender*.

Este ensayo reúne e integra tres aspectos centrales del quehacer antropológico: el trabajo de campo, la reflexión teórica y la aplicación de conocimientos. Para ello recurro a mi experiencia profesional en general y, en particular, a mi trabajo de campo en las nuevas comunidades mexicanas que han surgido en el ámbito de la moderna y reestructurada economía agrícola de California en los Estados Unidos de América; investigación, por cierto, que ha acaparado una parte considerable de mi tiempo a lo largo de los últimos tres lustros (J.V. Palerm, 1989, 1991, 1993, 1994, 1995, 1997a, 1997b; y Palerm y Urquiola, 1993). Estamos convencidos de que la aparición de comunidades pobladas con campesinos extraídos del medio rural mexicano en el seno de la más avanzada agricultura del mundo obliga, al menos, a desenterrar y resucitar un viejo pero inconcluso debate acerca de la presencia y persistencia de formaciones no-capitalistas en el ámbito de las economías modernas, industriales y "posindustriales"; debate que también ha captado mi interés en el pasado (J.V. Palerm, 1979 y 1997c).

La realidad objetiva, concreta y observable que el antropólogo enfrenta en estas nuevas comunidades de mexicanos en California, cuando se integra en ellas como observador participante, también invita a resucitar cuestiones relativas a la obligación que contrae el investigador de actuar para cambiarla. Creo que el tratamiento de este tema es particularmente apropiado en estos tiempos "posmodernos" de desentendimiento y enajenación profesional, de contemplación e introspección; cuando los antropólogos parecen interesarse cada vez más sobre la "estructura mental" de sus colegas y sobre sus textos, pero cada vez menos sobre la realidad humana que los rodea.

I.

Soy, para empezar, producto de una determinada tradición antropológica mexicana que en los años sesenta encontró arraigo en la Universidad Iberoamericana y desde donde se extendió

a otras instituciones mexicanas y del extranjero, incluyendo los Estados Unidos de América (ver la contribución de Carmen Viqueira Landa al presente volumen). Se trata, en primer lugar, de una antropología que adoptó el trabajo de campo como "praxis profesional" tanto en la investigación como en la docencia. Es decir, donde el encuentro del antropólogo (sobre todo, del estudiante de antropología) con la realidad concreta, empíricamente observable, aboca a la identificación y planteamiento de los grandes temas y problemas de investigación y a su tratamiento teórico que, a su vez, retroalimenta y estimula la investigación de campo. Sin trabajo de campo no hay antropología. Esta afirmación puede sonar algo pedestre, pero, a la vez, obliga a recordar y reconocer que el producto del trabajo de campo constituye el principal valor que el antropólogo aporta a las ciencias sociales. Fue, además, el eje crítico sobre el cual giró el quehacer del antropólogo en la investigación y en la docencia en México durante mis años formativos.

Se trata, además, de una antropología que se empeñó por abordar temas y problemas importantes de nuestro tiempo y críticos para la nación, con el objeto de producir conocimientos útiles y ultimadamente con el propósito expreso de contribuir a su solución. Es una antropología que empleó la misma práctica de la antropología en el campo para formar y capacitar los cuadros profesionales nuevos necesarios para abordar dicha problemática nacional a través de la investigación y de la acción. No se trató sencillamente, según la terminología retórica del momento, de practicar una antropología comprometida, sino, según insistía Angel Palerm, de asegurar que la antropología mexicana llegara a ocupar un lugar central entre las otras ciencias sociales y central a la sociedad, cultura e inteligencia nacional; convencido de que en tanto la antropología mexicana se ocupara de temas marginales permanecería como una disciplina marginal y poco relevante.

La antropología social mexicana era, sin duda,

diferente a la que presencié en España en aquellos mismos años. En España, salvo contadas ocasiones, la antropología se abocaba al estudio de grupos exóticos nacionales y rarezas o curiosidades culturales y, en su variante americanista, al estudio de culturas y sociedades indígenas del Nuevo Mundo. La nueva antropología mexicana también se diferenció notablemente de la antropología norteamericana; la cual, si bien trataba una amplia y diferenciada gama de temas en prácticamente todo el mundo, se resistía a aceptar el estudio de su cultura y sociedad nacional como una práctica legítima de la profesión.

La nueva antropología social que se institucionalizó en la Universidad Iberoamericana (UIA), en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I) y en el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH, ahora CIESAS) se distanció intencionalmente de la tradición indigenista que hasta entonces caracterizaba a la antropología mexicana y planteó como prioridad esencial el estudio de la sociedad nacional y sus problemas críticos. En efecto, el decreto presidencial por el cual se crea el CIS-INAH en 1973 reconoce la necesidad de *"... contar con elementos científicos del más alto nivel, que permitan el análisis riguroso de los fenómenos sociales que caracterizan al país y unan las aportaciones teóricas y metodológicas con el estudio de los problemas nacionales más significativos."* (Decreto, 1975: 14). Propósito que es reiterado por su primer director cuando afirmó: *"... se nos pide a los antropólogos un trabajo mucho más activo en el estudio de los problemas del país; una actitud más comprometida en los cambios que el país requiere; una vigorosa puesta al día de la voluntad de intervenir como actores críticos en la tarea de constituir un país mejor."* (A. Palerm, 1975: 43).

En sus primeros tres años de operación el CIS-INAH rompe moldes abocándose al estudio, entre otros, del sector campesino y rural, los procesos políticos locales y regionales, los procesos de integración nacional que incluyen el

estudio de minorías étnicas no indígenas, el estudio de instituciones educativas, los nuevos centros industriales y sus trabajadores, y de cuencas hidráulicas. Se da a la vez un desplazamiento temático de la antropología y un desplazamiento geográfico de los antropólogos, desde las convencionales regiones y comunidades indígenas ubicadas en su mayor parte en las áreas centrales y meridionales de México, allende la frontera septentrional de Mesoamérica, a los nuevos lugares de trabajo en, por ejemplo, los estados de Chihuahua, Coahuila, Guanajuato, Jalisco, San Luis Potosí, Tamaulipas e incluso allende la frontera con los Estados Unidos de América para establecer proyectos de relevancia mexicana en Texas y Tennessee. Pronto se ubican antropólogos y estudiantes de antropología en nuevos espacios humanos para realizar sus investigaciones antropológicas; en, por ejemplo, ejidos, ciudades, barrios, fábricas, talleres, escuelas y agencias de gobierno.²

A mí me correspondió establecer un equipo de investigación en el municipio abajeño de Valle de Santiago, Guanajuato, con el propósito de examinar la participación del sector campesino/ejidal en la producción de alimentos básicos para la nación. Se trataba de estudiar una área crítica, El Bajío mexicano, que históricamente había funcionado como granero nacional y que en tiempos recientes se había convertido en un lugar donde el Estado moderno preferencialmente concentró sus esfuerzos y recursos desarrollistas mediante la instalación de productos, tecnología y sistemas de cultivo generados por la llamada "revolución verde". De manera similar, por ejemplo, a como en España se impuso de manera preferencial la política nacional de concentración parcelaria, ordenación rural y modernización sobre el agro castellano productor de cereales. La introducción, en el Bajío mexicano, de semillas mejoradas junto con una plétora de insumos industriales, incluyendo la más avanzada y sofisticada maquinaria agrícola importada de los Estados Unidos de América, se realizó en poco tiempo con el propósito triple de incrementar rendimientos y eficiencia

(2) Para apreciar con mayor detalle las ideas y proyectos que impulsan esta profunda e irreversible transformación de la antropología social mexicana, consúltense los informes y memoranda que el director del CIS-INAH rindió a su junta directiva en los años 1974, 1975 y 1976 (Ediciones de la Casa Chata, 1975).

productiva, repartir beneficios económicos y sociales entre los agricultores y últimamente abastecer la demanda nacional de alimentos básicos (maíz y trigo) y piensos (sorgo).

Los investigadores de campo (profesores y estudiantes) colocados en las comunidades y ejidos del municipio de Valle de Santiago pronto descubrieron que si bien la instalación de la "revolución verde" en El Bajío fue un éxito contundente e indiscutible, la transformación de la agricultura, sin embargo, no surtió beneficios apreciables a los productores campesinos. Dicho de otra manera, mientras se logran los objetivos del desarrollo, definidos en términos de mejoras en rendimientos y productividad agraria y abastecimiento de mercados, se fracasa abismalmente con respecto a la distribución del ingreso y el desarrollo social.

El trabajo de campo completado en Valle de Santiago permitió describir a una población rural crónicamente pobre y organizada en grandes familias extensas en torno a la parcela ejidal, a modo de la pequeña y tradicional empresa familiar de corte campesino (González, 1991). Familias campesinas dotadas con la más moderna tecnología agrícola y con acceso a fuentes públicas de crédito para producir mercancías agrícolas, pero siempre careciendo de los medios indispensables para satisfacer sus necesidades básicas de consumo y reproducción. Familias, por cierto, que se ven obligadas a complementar el deficiente ingreso agrícola con la producción directa de subsistencias y colocando sus excedentes laborales en el mercado de trabajo. El trabajo de campo, además, documentó que se trataba de una sociedad rural (familias y comunidades) relativamente nueva, el resultado directo de la expropiación de la gran propiedad latifundista y del reparto ejidal ejecutados en El Bajío durante el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas en los años treinta. Se trata, sin duda, de un campesinado moderno, reconstituido, que surge sobre las ruinas de la gran empresa agropecuaria (la hacienda) y que es presta y eficientemente organizado para servir los intereses de la nación como productor

especializado de mercancías agrícolas y ávido consumidor de mercancías industriales. En breve, concluimos que los campesinos de El Bajío mexicano y sus condiciones de vida eran un producto de la modernización y no una supervivencia o legado del pasado.

Desde finales de los años sesenta, a lo largo de los setenta y hasta principios de los ochenta, una gran parte del quehacer antropológico en México se abocó al estudio de los campesinos, sus comunidades, sus economías y sus relaciones con el sistema mayor. A la vez, los antropólogos se encontraron envueltos en un acalorado y difícil debate con fuertes alusiones ideológicas y frecuentes interferencias políticas consistente en explicar la influencia que el desarrollo del capitalismo y la modernización tienen sobre los campesinos y, en función de dicha explicación, determinar las políticas de acción más apropiadas. El debate quedó polarizado en dos campos perfectamente definidos que aquí sólo describimos con sus rasgos más elementales: uno, partiendo de las tesis leninistas, que propone un proceso que conduce a la inevitable e irreversible proletarización del campesinado, a su extinción como grupo social y como sistema económico; y otro, partiendo de las tesis chayanovianas, que propone un proceso que conduce a la integración de las economías campesinas a la esfera de la producción y reproducción capitalista, transformándolas, pero conservando muchas de sus formas distintivas no capitalistas.

La investigación campesina en México, además, llevó a la formulación de nuevas construcciones teórico-metodológicas con el fin de explicar con mayor precisión la relación de interdependencia que se había documentado existía entre la presencia, persistencia y expansión de formas campesinas contemporáneas con el desarrollo exitoso del sistema capitalista privado en México. Entre ellas, por ejemplo, la articulación campesinado-capitalismo propuesta por Angel Palerm (1980) construida mediante una modificación de la conocida fórmula M-D-M (mercancía-dinero-mercancía), que permite medir,

cuantificar y analizar la circulación de mercancías y valores entre los dos sectores y explicar la supervivencia empobrecida de uno y la reproducción ampliada de otro.

Los conocimientos obtenidos en el campo sobre la realidad rural mexicana en combinación con las nuevas propuestas teórico-metodológicas apuntadas arriba, además, permitieron identificar, definir y afinar un nuevo orden de problemas y preguntas que era necesario dirigir de nuevo a la investigación de campo. La información reunida sobre los campesinos de El Bajío, por ejemplo, sugirió preguntas acerca de la colocación del trabajo campesino en las empresas capitalistas agrícolas y manufactureras: acerca del peso económico que tiene el trabajador campesino no proletariado en la reproducción del capital; y acerca del peso económico y social que tiene el salario capitalista en la reproducción del grupo doméstico campesino. La información empírica recabada en empresas capitalistas que emplean campesinos y en comunidades donde se reproducen dichos trabajadores debería permitir constatar la naturaleza y grado de la relación de interdependencia que existe entre los dos sectores y su dirección de cambio. Fue en función de estas preguntas que inicié dos proyectos de investigación acerca de la movilidad espacial y ocupacional del trabajador campesino mexicano: uno en el Valle de Toluca, Estado de México, y el Distrito Federal para examinar los movimientos de corta distancia y duración entre un enclave campesino y un centro manufacturero; y otro en Valle de Santiago, Guanajuato, y el Estado de California en los Estados Unidos de América para examinar los movimientos de larga distancia y duración entre un enclave campesino y un sector agrícola de corte capitalista.

El diseño y puesta en marcha de estos dos proyectos completan un ciclo de investigación que empezó con el empeño de la nueva antropología social mexicana por enfocar la atención de los antropólogos sobre la problemática rural nacional y concluyó con la producción de nue-

vos conocimientos descriptivos y analíticos que sirvieron para invalidar o, al menos, cuestionar seriamente los modelos teóricos que se habían empleado hasta entonces para interpretar la realidad rural y para actuar sobre ella. Entretanto, al integrar efectivamente la investigación con la docencia, la nueva antropología social mexicana desde la UIA, la UAM-I y el CIS-INAH capacitó a una nueva generación de antropólogos que tuvo como primera tarea someter los nuevos modelos teórico-metodológicos al mismo rigor crítico de la investigación científica a que fueron sometidos los primeros y, últimamente, de producir nuevos conocimientos con mejor capacidad de predicción y de aplicación. La culminación del ciclo, además, dejó perfectamente establecidos y consagrados los principios y objetivos básicos de la práctica profesional de la nueva antropología social mexicana abocada al estudio de los importantes temas y problemas de nuestro tiempo a través de la investigación de campo.

II.

Fui a California impulsado por dos motivos principales. Primero, por la información recabada en el campo abajeño con respecto a la importancia que habían adquirido las prácticas migratorias temporales de sus trabajadores a los Estados Unidos de América, en particular a la agricultura de California, y los salarios devengados ahí. Los dólares, en efecto, se habían convertido en la partida de ingreso más importante que recibía la mayor parte de las familias campesinas/ejidales que observábamos en Valle de Santiago. Con los dólares importados, por ejemplo, se cubrían gastos de subsistencia básica, se realizaban obras de mejora en la casa campesina, se pagaba por la educación de los hijos y servicios médicos, y se saldaban deudas contraídas con el Estado para adquirir los insumos indispensables para producir los granos "milagrosos" de la revolución verde para el mercado (González, 1991; Palerm y Urquiola, 1993; J.V. Palerm, 1997d). Las prácticas migra-

torias, además, habían ocasionado una profunda reorganización de las unidades domésticas campesinas afectando tanto su tamaño y composición como la división social del trabajo. Nos propusimos, por tanto, realizar observaciones en los lugares donde moraba una parte cada vez más grande de la población campesina abajeña durante períodos de tiempo cada vez más prolongados. El estudio de la vida social, económica y cultural de los campesinos de Valle de Santiago, en efecto, quedaba incompleta sin la inclusión de los lugares foráneos que habían alcanzado tan destacada importancia en sus vidas sociales y económicas.

Fui a California, en segundo lugar, por la oportunidad que se brindaba de estudiar la agricultura más avanzada del mundo y la relación que ésta había concertado con los campesinos de México. Desde una perspectiva estrictamente teórica, el trabajo de campo en California ofrecía una excelente oportunidad de resucitar algunas de las ideas sugeridas hace un siglo por Karl Kautsky (1974) con respecto a los límites de la agricultura capitalista y de someter a prueba algunos planteamientos propuestos por Angel Palerm (1980) con respecto a la evolución de la articulación del modo campesino de producción con el sistema capitalista dominante en su fase más avanzada.

La investigación de campo en California, por lo demás, representaba otro momento y situación en que los antropólogos sociales debían aplicar sus cualidades investigadoras para introducirse en el estudio de otro importante pero poco conocido tema de nuestro tiempo: el estudio de las prácticas migratorias (desplazamientos geográficos), que unían a los centros capitalistas de producción, como el capitalista agrario de California, con los enclaves campesinos reconstituidos como las comunidades ejidales de El Bajío mexicano. Problemática que, sin duda, demandaba nueva investigación empírica, nuevas elaboraciones teóricas y sobre todo una nueva praxis social; es decir, acciones dirigidas a las comunidades campesinas productoras de trabajadores, a las empresas capitalistas consumido-

ras de trabajo campesino y a las políticas migratorias nacionales e internacionales que facilitan, impiden o regulan los desplazamientos geográficos de los trabajadores.

La propuesta de realizar investigación de campo en California fue recibida al principio con poco interés y con una fuerte dosis de escepticismo. Se levantaron, en efecto, tres grupos de objeciones. Primero, frente a la propuesta de enfocar atención sobre la presencia de campesinos mexicanos en la moderna agricultura de California, se contrapuso la imagen paradigmática prevaleciente acerca de la evolución de la agricultura de California; la cual, como producto de la más alta y sofisticada tecnología agrícola en el país más industrializado, supuestamente avanzaba incontenible e irreversiblemente hacia la mecanización plena. Segundo, se levantaron objeciones desde la perspectiva de la teoría convencional prevaleciente; la cual, si bien se había resignado a reconocer el fenómeno de la coexistencia interactiva de segmentos campesinos con empresas capitalistas, sólo lo aceptaba como una condición peculiar y transitoria del subdesarrollo tercermundista, pero de ninguna manera como una condición propia de la economía agraria capitalista más avanzada del mundo. Tercero, surgió una fuerte aprensión ante las implicaciones prácticas de la investigación derivadas del hecho de que trabajadores extranjeros migrantes constituyeran una parte esencial de un sector crítico de economía de los Estados Unidos de América y, como resultado, ante la necesidad u obligación de adoptar medidas gubernamentales para regular su flujo y de extender protecciones legales y servicios públicos a los trabajadores foráneos.

Los expertos norteamericanos sustentaban con sus trabajos dichas objeciones documentando con detallada precisión el impacto incontenible y arrollador que el desarrollo de la ciencia y de la tecnología ejercía sobre la agricultura de California (Cargill and Rossmiller, 1970; Price, 1983; Runsten y Leveen, 1981; Thompson and Scheuring, 1978). La aplicación de las innova-

ciones científicas, sin duda, parecía conducir a la eliminación del trabajador agrícola que había acompañado al desarrollo de la agricultura de California desde finales del siglo pasado, con la importación de trabajadores asiáticos, hasta 1964 mediante la contratación temporal de trabajadores mexicanos mediante un convenio firmado entre México y los Estados Unidos de América. La mecanización de la agricultura y su efecto de desplazamiento de trabajadores avanzó de manera especialmente rápida después de 1964, cuando los Estados Unidos de América unilateralmente anuló su convenio con México y cuando se subyugó el proceso de cosecha del delicado tomate a la manipulación mecánica (Friedland and Barton, 1975; Thompson and Scheuring, 1978; Villarejo, 1978). La mecanización del tomate, por ejemplo, eliminó de golpe cincuenta mil puestos de trabajo. Ante estos hechos, Ernesto Galarza anuncia el fin de los jornaleros agrícolas en California (1977: 374) y muchos estudiosos interesados por la realidad social norteamericana abandonan el estudio del sector rural para concentrar sus esfuerzos de investigación sobre otras áreas problemáticas nacionales como, por ejemplo, el deterioro, empobrecimiento y "ghettoización" de barrios urbanos.

Nuestros informantes abajeños, quienes iban y venían de un país a otro con creciente regularidad y frecuencia, sin embargo, reportaban una rápida ampliación del empleo agrícola en California, consistente en la existencia de más oportunidades de trabajo con períodos de empleo cada vez más largos. Observamos, asimismo, cómo en Valle de Santiago y en otros lugares rurales de El Bajío se reconfiguraba la organización interna de las familias campesinas y de sus negocios con el propósito explícito de liberar a sus trabajadores (hombres y mujeres) de responsabilidades productivas locales para enviarlos a los campos agrícolas de California en busca de dólares. Ana Margolis (1979 y 1982) describe cómo en muchos casos la agricultura comercial local y la administración de las empresas campesinas/ejidales en El Bajío que-

daron en manos de mujeres, ancianos y menores, mientras los trabajadores más aptos se ausentaban durante períodos de tiempo cada vez más prolongados.

Una breve visita a los campos agrícolas de California en 1982 fue suficiente para determinar que los migrantes abajeños no erraban en su apreciación de la nueva vitalidad que había cobrado el mercado de trabajo agrícola y que, en realidad, eran los expertos quienes habían perdido el pulso de la industria. La agricultura de California, en efecto, se encontraba, desde aproximadamente 1975, envuelta en una rápida y profunda transformación que, entre otros resultados, llevaba a un uso disminuido de energía mecánica y a un uso mayor de energía humana mediante la sustitución de cultivos altamente mecanizados, pero devaluados, por cultivos de más valor, pero intensivos, que requerían de un mayor número de trabajadores (J.V. Palerm, 1991). Las fuerzas que impulsan dicha transformación incluyen el recrudescimiento de la competencia mundial en la esfera de la producción de cultivos altamente mecanizados; el aumento en el costo de los insumos productivos industriales y abaratamiento de la mano de obra importada de México; y una profunda alteración de las costumbres de alimentación de la población norteamericana que, entre otros resultados, favoreció un aumento considerable en el consumo de fruta y verdura. Todo lo cual impulsó a los agricultores de California a reorganizar sus empresas mediante la concentración de sus recursos productivos (tierra, agua y capital) sobre determinados cultivos de alto valor y empleando grandes insumos de mano de obra mexicana. La agricultura de California, en efecto, había entrado en los cauces de lo que ahora reconocemos fue una fase de reintensificación y reestructuración productiva que condujo a establecer su renovada prosperidad y asegurar el lugar prominente que ocupa en la economía mundial de hoy.

En 1997, la agricultura de California aportó un valor bruto de 26.800 millones de dólares. La industria agrícola se establece, junto con la

(3) Se concentra sobre tres grandes valles interiores (Sacramento, San Joaquín e Imperial) y media docena de pequeños valles y llanuras del litoral pacífico (San Diego, Ventura, Santa Bárbara, Santa María, Salinas y Santa Clara); todos ellos ubicados en la mitad meridional del Estado. Quince de los 58 condados del Estado generan el 97 por ciento del valor agrícola y tan sólo cuatro de ellos ubicados en el valle central de San Joaquín producen la mitad. El condado de Fresno, por ejemplo, aportando 3.3 mil millones de dólares en 1996, es el condado agrícola más importante del país.

(4) Sólo 8.800 de las 82.500 empresas registradas en el Estado generan el 90 por ciento del valor agrícola (Martin, 1984: 11; Johnston y Carter, 1983: 381) y ocupan el 80% de la fuerza de trabajo.

(5) En 1996 el Estado exportó un valor de 12 mil millones de dólares o una quinta parte de todas las exportaciones agrícolas de la nación. California exporta el ochenta por ciento de su algodón, almendra y trigo, la mitad de su arroz e importantes cantidades de cítricos, fruta seca y verduras. En España, por ejemplo, la almendra importada de California se ha convertido en un insumo indispensable para la producción nacional de turrones y mazapanes.

(6) Villarejo y Runsten (1993), por ejemplo, estiman que California perdió 800.000 acres de su superficie cultivada entre 1982-1992. Es decir, el crecimiento del valor agrícola durante estos años constituye un aumento real y absoluto, con importantes mejoras en rendimiento de valor por unidad de superficie y con respecto a la productividad del trabajo. Todo lo cual se tradujo en considerables ganancias para los agricultores.

industria electrónica, como un eje crítico de la economía del estado. Una economía, por cierto, que se impondría como la sexta potencia mundial si el Estado de California fuera un país independiente. En California se producen con éxito comercial más de 250 cultivos diferentes, aportando una cuarta parte de todos los alimentos consumidos en el país. Además de mantener una rica industria pecuaria, sus suelos generan una cornucopia de cereales, fibras, fruta, legumbres, verduras, frutos secos y flores. Pero es la producción de frutas y verduras frescas la que aporta la principal riqueza, que asciende a más de la mitad del valor agrícola total. En 1996, California generó 14 millones de toneladas de fruta y 20 millones de toneladas de verdura, aportando más de la mitad de la producción nacional de estos productos (Department of Food and Agriculture, 1997: 9)

La agricultura de California, sin embargo, se extiende sobre una superficie de apenas 4,9 millones de hectáreas, el 2,5% de la superficie cultivable del país o una décima parte del territorio del estado.³ Además de ocupar un territorio relativamente reducido, la agricultura de California también se concentra en términos de propiedad.⁴ En contraste con el resto del país, donde la granja familiar destaca sobre el medio rústico, en California la gran empresa agropecuaria es la que domina absolutamente.

La agricultura de California no sólo provee con alimentos a un mercado interno en expansión, sino que también aporta importantes y crecientes volúmenes y valores a mercados internacionales. Se estima que una tercera parte de la superficie cultivada se dedica a producir mercancías para la exportación y que una cuarta parte del ingreso agrario proviene de ventas en el exterior (McCorkle y Nuckton, 1983: 30; Johnston y Carter, 1983: 382).⁵

La agricultura de California crece sin interrupción u obstáculo. Su valor se dobló entre 1980 y 1997, de 13.5 a 26.8 mil millones de dólares, aumentó una tercera parte en lo que llevamos de década y se espera rebasará los 30 mil millones de dólares antes de cerrarse el siglo. Dicho

crecimiento es especialmente notable debido a que ocurre en años de baja inflación durante los cuales los precios de los productos agrícolas se mantienen relativamente estables y, a veces, incluso disminuyen en términos absolutos. Además, ocurre en un período en que disminuyó la superficie cultivada del estado y se devaluaron los salarios agrícolas.⁶ El crecimiento del valor agrícola ocurrió gracias a la rápida y oportuna transformación o reestructuración de la agricultura de California, consistente en la eliminación de cultivos altamente mecanizados, pero poco rentables (por ejemplo, remolacha azucarera, algodón, arroz, alfalfa y productos lácteos) y su sustitución con otros intensivos, pero con valores mucho más atractivos; por ejemplo, fresa, lechuga, brócoli, apio y radiquio (J.V. Palerm, 1991). La empresa agrícola de California, sin duda, posee una extraordinaria elasticidad interna que le permite enfrentar y resolver con rapidez, eficiencia y ventaja problemas en la producción y oportunidades del mercado. Dicha elasticidad se aprecia especialmente en su extraordinaria capacidad de modificar su orientación e incluso especialización productiva y, sobre todo, en su habilidad de ajustar en poco tiempo el manejo de la tierra, trabajo, capital, agua y tecnología a las exigencias, condiciones y oportunidades del momento.

La nueva y próspera agricultura californiana surge a partir de 1975, se consolida durante la década de los ochenta y se especializa en la producción de artículos de lujo (fruta y verdura de primor) que consumen ávidamente las poblaciones más acomodadas del mundo. Responde, por una parte, a cambios importantes en la dieta de la población de los países más ricos consistentes en consumir más fruta y verdura y menos grasas por razones de salud y estética y, por otra, a satisfacer consumos ostentosos y sibaritas de las clases más altas de productos de primor como lo son las fresas perfectas con todo y tallo para sumergir en chocolate y verduras inmaduras de tipo *cambray* (baby vegetables), que sirven para adornar muchos platos epicúreos de la alta cocina internacional. Cali-

fornia, en efecto, aporta con ventaja un amplio inventario y volumen de productos de primor durante todo el año a los mejores domicilios, hoteles y restaurantes de, por ejemplo, los Estados Unidos de América, Tokio, Singapur, Hong Kong y París.

La agricultura de California es moderna, *high tech*. No tanto por las máquinas que emplea como por la tecnología agrícola de punta que aplica para multiplicar rendimientos y disminuir riesgos. La nueva tecnología que define los nuevos productos del campo incluye la aplicación, por ejemplo, de la biotecnología para diseñar plantas perfectamente condicionadas al medio ambiente, a los procesos de cultivo y al gusto del consumidor; de sistemas de riego por goteo computarizados que despachan cantidades exactas de humedad y nutrientes a cada planta; de sofisticados productos químicos y predadores biológicos que protegen las plantas de plagas y pestes; y de nuevos procedimientos para la selección, empaque, enfriamiento, almacenaje y transporte de los productos con el fin de optimizar su presentación al consumidor melindroso independientemente del tiempo y la distancia que separan el mercado del lugar de producción. A la vez, nuevas y cada vez más sofisticadas máquinas ayudan a nivelar los terreros y a roturar suelos. Pero un aspecto de la producción que ha permanecido virtualmente inalterado por la aplicación de nuevas tecnologías es el trabajo humano empleado para cultivar, cosechar y manipular los productos de primor.

La aplicación de la nueva tecnología, por ejemplo, ingenió una fresa que rinde casi cuarenta toneladas de fruto por acre, en lugar de cuatro, y que produce durante diez meses del año en vez de tres (Wells, 1996). Convirtió lo que fuera un producto temporero, de ciclo corto, con bajos rendimientos y altos riesgos en un producto anual, de ciclo largo, con altos rendimientos y riesgos disminuidos para abastecer un mercado mundial dispuesto a pagar precios altos por productos de primor. La fresa *high tech*, sin embargo, requiere de grandes insumos

de trabajo; hasta dos mil horas de trabajo por acre. Esta cifra representa un uso laboral de diez a quince veces mayor al empleado por otros cultivos intensivos como, por ejemplo, la naranja, uva, lechuga y apio (J.V. Palerm, 1991: 75 y 77; Wilkie and Mamer, 1989). La experiencia sucintamente descrita aquí para la fresa ha sido reproducida para muchos otros productos que se cultivan con gran provecho en los campos agrícolas de California.

Se estima que la agricultura industrial de California actualmente ocupa a casi un millón de jornaleros agrícolas, a más trabajadores que en cualquier otro momento de su historia y a la mitad de todos los trabajadores del campo de los Estados Unidos de América (Campos y Kotkin-Jaszi, 1987; Villarejo y Runsten, 1993: 21). El número de empleados, además, crece paulatinamente a partir de 1972 y de manera acelerada durante las últimas dos décadas (Mamer and Fuller, 1978: 31; Sosnick, 1978: 17; Martin, 1988: 4-5). La modernización de la agricultura no parece haber cumplido con su promesa de sustituir al jornalero por máquinas. La mayor parte de los cultivos intensivos más valiosos, como señalamos arriba, eluden los esfuerzos modernizantes basados en la mecanización en función de impedimentos tanto técnicos como económicos. Paradójicamente, la agricultura de California, según se moderniza, se hace más eficiente, más global y genera más riqueza, demanda cada vez más y más brazos. En lugar de mecanizarse, se mexicanizó.

Curiosamente, el estado de California no dispone de buena y fidedigna información sobre empleo agrícola; esto en parte se debe a la presencia de un alto número de trabajadores indocumentados procedentes de México que cruzan la frontera clandestinamente, pero también a la falta de un esfuerzo oficial serio por capturar dicha información. Resulta frecuentemente asombroso contrastar lo mucho que sabemos acerca de, por ejemplo, el número preciso de canastas de fresas cosechadas, dónde y cuándo, con lo poco que sabemos acerca de los trabajadores que fueron contratados para producirlas,

(7) La información recabada entre 1987 y 1992, además, describe una clara trayectoria de aumento en el número de empleados, especialmente durante los meses de mayor actividad productiva. Bugarín y López (1998: 9), empleando información reciente pero sin publicar del EDD, reportan que la base mínima de trabajadores aumentó de 350.000 a 470.000 entre 1992 y 1997, lo que sugiere que la trayectoria descrita para 1987-1992 ha continuado hasta el presente, acompañando a la ampliación de la agricultura reintensificada de California.

(8) En Santa Bárbara, la superficie dedicada a la fresa, por ejemplo, aumentó de mil a seis mil acres, creando un valor anual de casi cien millones de dólares y empleo para unos diez mil trabajadores durante cinco meses del año; mientras que la superficie dedicada al brócoli aumentó de diez a veinticinco mil acres, creando un valor anual similar al de la fresa y empleo para unos tres mil trabajadores intermitentes durante todo el año.

(9) Muchos de los trabajadores proceden de los Estados del altiplano central mexicano (Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Zacatecas, entre otros). En años recientes, también se aprecia la presencia creciente de población procedente de Estados meridionales, especialmente mixtecos y zapotecos del Estado de Oaxaca (Runsten y Kearney, 1994; Zabin et al., 1993).

cosecharlas y empacarlas. No obstante, un proyecto iniciado por el Departamento de Trabajo de California (EDD) en 1987, pero abandonado en 1993, abrió momentáneamente una ventana que aportó una primera apreciación estadística acerca del empleo agrícola y su dinámica.

Según el Departamento de Trabajo (EDD, 1987-1993; J.V. Palerm, 1998), la agricultura de California ocupa una base de 325.000 trabajadores todos los meses del año; número que asciende a 500.000 durante los meses de más empleo, entre abril y septiembre.⁷ Pocos de los empleados agrícolas trabajan durante todo el año. En efecto, algunos sólo se ocupan durante unos días o semanas, mientras muchos otros se emplean intermitentemente durante varios meses del año. Como resultado, la industria agrícola en realidad emplea entre 700.000 y 1.000.000 de individuos durante el curso del ciclo anual. La mayor parte de estos trabajadores, por tanto, sufre empleo discontinuo, intermitente y estacional. Según Martin, al menos 600.000 jornaleros comparten 236.000 puestos de trabajo agrícola de tiempo completo (1988: 4).

Aunque la información a nivel estatal confirma la trayectoria general del crecimiento laboral, es a nivel municipal (de condado) donde se aprecia más clara y dramáticamente el impacto y consecuencias de la reintensificación agrícola. En el condado de Santa Bárbara, por ejemplo, se aprecian dos cambios notables con respecto al empleo agrícola entre 1985 y 1992: primero, la base de empleo creció de seis a diez mil trabajadores, arrojando un aumento del 67 por ciento en siete años; segundo, el empleo durante los meses de mayor actividad (de abril a septiembre) creció de nueve a dieciséis mil trabajadores arrojando un aumento del 78 por ciento en el mismo número de años (EDD, 1987-1993; J.V. Palerm, 1998). Pero no sólo aumentó el empleo permanente y estacional, sino también la diferencia entre ellos: en 1985, la diferencia era de tres mil trabajadores, mientras que en 1992 ascendió a siete mil, un incremento del 133 por ciento. Los desarrollos diferenciados

del mercado de trabajo en el condado de Santa Bárbara obedecen a dos fuerzas perfectamente definidas: primero, la que es impulsada por la expansión de cultivos intensivos que se producen durante todo el año (brócoli, lechuga, col, coliflor y apio, por ejemplo), creando una importante fuente de empleo intermitente durante todo el año; y, segundo, la que es impulsada por la expansión de los cultivos intensivos estacionales o de ciclo corto (uva y fresa, por ejemplo), creando una fuente importante de empleo estacional.⁸ La agricultura del condado, en suma, emplea hasta veintitrés mil trabajadores distintos durante el curso de su ciclo anual, más del doble de los que empleaba antes de la reintensificación.

Como señalé arriba, la agricultura industrial de California emplea anualmente hasta un millón de trabajadores. La mayor parte de estos trabajadores, más del noventa por ciento, son de origen mexicano (Villarejo y Runsten, 1993; Martin, 1988: 7-8). Aunque siempre se han encontrado muchos mexicanos en la agricultura de California, especialmente después de firmarse un convenio entre los Estados Unidos de América y México en 1942, nunca habían adquirido el número y representación tan elevados como los que tienen en la agricultura reintensificada del presente.

La reintensificación de la agricultura, en efecto, detonó una explosión demográfica en la California rural. Estimuló a la vez la migración temporal (los que, por ejemplo, van a cosechar la fresa) y la inmigración permanente (los que, por ejemplo, trabajan en el brócoli). Se estima que aproximadamente la mitad de los trabajadores se han asentado permanentemente en California con sus familias, mientras el resto vive en México, desde donde se desplaza estacionalmente a los campos agrícolas del estado.⁹ Todos los años, entre febrero y marzo, cuando empieza la cosecha de la fresa, medio millón de trabajadores mexicanos (hombres, mujeres y familias enteras) se trasladan desde sus hogares mexicanos a los campos agrícolas de California para regresar a ellos en octubre y noviembre,

cuando termina la cosecha de uva y naranja. La mayor parte cruzan la frontera clandestinamente y sufren las consecuencias de ser indocumentados en el país que emplea ventajosamente su trabajo. Proceden en gran parte de comunidades rurales mexicanas que en el curso de las últimas décadas se han arraigado a una fuerte tradición migrante y cimentado una extensa red de relaciones que las une con los principales sitios de empleo allende la frontera (Massey et al., 1987; Mines, 1981; Palerm y Urquiola, 1993; López Castro, 1986). Entre los migrantes, por cierto, se encuentran los trabajadores de El Bajío mexicano que conocí en Valle de Santiago y que me encaminaron a California. Son trabajadores extraídos temporalmente de la casa campesina/ejidal para ganar dólares en California. Proceden de lugares rurales que han sobrevivido y progresado combinando los salarios de los migrantes con las actividades agrícolas locales. Son, como señalé antes, familias y comunidades que se han reorganizado social y económicamente para abastecer el mercado de trabajo norteamericano con sus trabajadores, en particular el agrícola de California. Constituyen, en breve, la base campesina de la agricultura capitalista de California.

Los inmigrantes forman la otra mitad de la fuerza de trabajo agrícola. Son trabajadores procedentes de las mismas comunidades mexicanas de donde provienen los migrantes, pero que se han establecido permanentemente con sus familias en el medio rural de California. La sedentarización de trabajadores agrícolas mexicanos constituye un fenómeno nuevo y su elevada incidencia ha llevado a la formación de comunidades mexicanas en torno a los lugares de empleo. En el pasado, la industria agrícola nunca propició la sedentarización de sus trabajadores. En efecto, el programa bracero resultante del convenio establecido entre México y los Estados Unidos de América en 1942, que arraigó a tantos mexicanos a la economía agraria de California, fue diseñado con el propósito explícito de asegurar el retorno de los trabajadores a sus lugares de origen tan presto como

terminara la temporada de empleo. Se institucionalizó, como resultado, el sistema de migración circular que continúan practicando muchos campesinos mexicanos. Sólo en algunos casos aislados se formaron en California pequeñas pero inestables colonias de trabajadores mexicanos como insignificantes apéndices de algunos centros de población rural (Galarza, 1978: 14). La reintensificación de la agricultura de California, sin embargo, provocó una explosión demográfica de dichas colonias en las cuales actualmente reside un elevado número de jornaleros agrícolas con sus familias.

El caso de la comunidad de Guadalupe, ubicada en el rico Valle de Santa María en el citado condado de Santa Bárbara, sirve para ilustrar el fenómeno de formación de nuevas comunidades. Antes de la reintensificación, en 1960, Guadalupe contaba 3.225 habitantes, de los cuales 600 vivían en la colonia mexicana. En 1980, en plena reintensificación, la colonia creció a 2.713 habitantes, rebasando sus constricciones territoriales y constituyéndose en el grupo mayoritario de la comunidad, que entonces contaba 3.632 habitantes. El crecimiento de la colonia mexicana fue, sin duda, ocasionado por la sedentarización de trabajadores migrantes, quienes descubren en el Valle de Santa María mayores oportunidades de trabajo con períodos de empleo más prolongados generados por la ampliación de cultivos intensivos, especialmente la fresa y el brócoli. La población de origen mexicana no sólo creció extraordinariamente, el 352 por ciento, sino que también desplazó a una parte importante de la población local no mexicana. Diez años después, en 1990, la población de Guadalupe ascendió a 5.479, el resultado combinado de más inmigración con la alta fertilidad de los nuevos colonos. Actualmente, la población de la comunidad excede fácilmente seis mil habitantes, de los cuales el noventa por ciento es de origen mexicano. Guadalupe, en breve, se convirtió en un pueblo mexicano atrincherado en el paisaje agrícola de California. La comunidad de Guadalupe de ningún modo constituye un

(10) Han quedado perfectamente identificados hasta doscientos lugares en la California rural donde se reproduce el mismo fenómeno económico y demográfico desatado por la reintensificación de la agricultura (J.V. Palerm, 1989: 149-154; 1991: 28-31; 1998; y Rochin y Castillo, 1993). Muchos de ellos son comunidades similares a Guadalupe en términos de sus dimensiones, pero otras incluyen importantes centros agroindustriales de tamaño medio, como, por ejemplo, las ciudades de Gilroy, Madera, Oxnard, Santa María, Santa Paula, Visalia y Watsonville (J.V. Palerm, 1989: 144-149; 1991: 33; 1998).

(11) La ciudad de Santa María, ubicada en el referido condado de Santa Bárbara, creció de 39.600 a 61.200 habitantes entre 1980 y 1990; a la vez que su enclave mexicano, poblado principalmente de jornaleros agrícolas inmigrantes, aumentó de 13.200 a 28.000. Es decir, tres cuartas partes del extraordinario crecimiento de la ciudad se debe al aumento de la nueva población mexicana.

(12) El proyecto de investigación "The Transformation of Rural California" auspició los trabajos de Víctor García (1992a, 1996), Fred Krissman (1996), Brian Haley (1989, 1997), María Ibarra (1997), Christian Zloniski (1996, 1998) y Teresa Figueroa (s.f.).

caso excepcional, extremo o único.¹⁰

La población inmigrante mexicana, arraigada al paisaje agrícola y establecida en lugares como Guadalupe y Santa María,¹¹ contiene la otra mitad del millón de trabajadores que emplea la agricultura industrial de California; constituye, en breve, la base proletaria de la nueva agricultura reestructurada.

Mi quehacer antropológico a partir de 1984 se concentró sobre el estudio de las nuevas comunidades mexicanas en la California rural; no sólo como una extensión natural del trabajo de campo iniciado en las comunidades campesinas/ejidales de El Bajío mexicano, sino también como una oportunidad para profundizar en el estudio de la nueva economía agraria capitalista de California y sus implicaciones teóricas y prácticas. Además, siendo consistente con la experiencia mexicana descrita arriba, sobre todo con respecto a la aconsejable práctica de integrar la investigación con la docencia, establecimos en la Universidad de California Santa Bárbara un programa de investigación de larga duración cuyo diseño permitió emprender el estudio de las nuevas comunidades mexicanas en California, a la vez que la experiencia sirvió para capacitar a un grupo de jóvenes antropólogos, quienes ahora asumen la doble responsabilidad de investigación y acción, de teoría y praxis.¹²

Las nuevas comunidades mexicanas, cuya formación acompaña la reorganización de la agricultura de California, son lugares con muchos y difíciles escollos, pero que a la vez, curiosamente, exhiben una exuberante vitalidad, propia sin duda de las jóvenes familias que las pueblan. Como lugares con altos índices de pobreza inmersos en el seno de la economía agraria más moderna, productiva y rica del mundo, se manifiestan como una gran paradoja de la nueva agricultura reestructurada.

Los investigadores del programa de investigación establecido en la Universidad de California Santa Bárbara encontraron comunidades pobladas por familias inmigrantes jóvenes con bastantes niños, empeñadas en abandonar sus prácticas

migratorias de antaño para afincarse permanentemente en el medio rural de California. Se trata de una población con una altísima participación laboral. Familias que colocan en el mercado de trabajo a cuantos brazos pueden (hombres y mujeres; adultos, adolescentes y, a veces, hasta menores) como una estrategia para superar ingresos individuales escasos y reunir un monto colectivo suficiente para cubrir sus gastos de subsistencia. Algunas familias, con mucho esfuerzo, han adquirido viviendas, establecido negocios locales e incluso comprado fincas para cultivar independientemente. Aunque la población inmigrante no ha ganado el control político de las comunidades (pocos tienen derecho a votar), sí participa en muchos asuntos locales, especialmente los que tratan asuntos educativos, a través de organizaciones civiles y religiosas propias. No constituyen, definitivamente, una población transitoria o pasajera de las comunidades, es una que se enraíza profundamente en el medio rural de California.

Las comunidades mexicanas, por otra parte, son lugares extremadamente congestionados que alojan una población tres o cuatro veces más grande de la que permite su infraestructura original. El extraordinario crecimiento de la población hace tiempo rebasó la existencia y disponibilidad de viviendas y servicios. La vivienda es escasa, mala y cara. Como resultado, varias familias grandes, a veces hasta tres, comparten casas y apartamentos diseñados para una pequeña. A pesar de la necesidad manifiesta, las comunidades no han construido nuevas viviendas ni ajustado su infraestructura urbana básica. Para colmo, estas comunidades también albergan a importantes contingentes de trabajadores migrantes durante los períodos de mayor actividad agrícola, cuando fácilmente doblan en tamaño. Dadas sus características físicas y humanas, las comunidades de inmigrantes a veces asemejan ghettos rurales o campamentos de trabajadores agrícolas empobrecidos.

Las nuevas comunidades mexicanas se encuentran pobladas por familias inmigrantes pobres

debido, en gran parte, a los bajos ingresos que reciben sus trabajadores. Los bajos ingresos son función del poco monto que alcanzan los sueldos del campo y de las circunstancias propias de la agricultura consistentes en empleo esporádico, intermitente e inseguro. Los trabajadores agrícolas actualmente reciben un ingreso anual medio de cinco a siete mil dólares; lo que, por una parte, no alcanza para proveer las necesidades básicas de sus familias y, por otra, contrasta vergonzosamente con la media estatal de diecisiete mil dólares. Una familia trabajadora del campo, por tanto, debe colocar hasta tres o cuatro trabajadores en posiciones remunerativas para alcanzar la media que reciben los trabajadores del estado y, más significativo, para superar el nivel de pobreza, que en los Estados Unidos de América se establece actualmente en dieciséis mil dólares para una familia de cuatro (J.V. Palerm, 1991: 87; Villarejo y Runsten, 1993: 23). Los trabajadores agrícolas viven en comunidades de pobreza concentrada y persistente. Es decir, donde la mayor parte de la población comparte la misma condición y donde existen pocas opciones para superar dicha condición. No debe sorprender, entonces, el hecho de que las cinco ciudades más pobres de California (Huron, Mendota, Orange Cove, Parlier y San Joaquín) son lugares poblados predominantemente con trabajadores agrícolas mexicanos y ubicados en Fresno, el condado agrícola más importante y próspero de todo el país.

Porque las comunidades mexicanas contienen una población crónicamente pobre, con bajos niveles de ingreso y de consumo, los ayuntamientos carecen de la base tributaria local con que despachar servicios públicos básicos (alumbrado y recogida de basura, por ejemplo) y para ajustar su infraestructura urbana (calles y drenaje, entre otros) a las necesidades de una población en rápida expansión. De hecho, la simple obligación de proveer servicios públicos esenciales a un número cada vez mayor de usuarios con ingresos decrecientes conduce a los ayuntamientos en cuestión a la bancarrota.

El descuido y abandono de las comunidades es, por tanto, aún más evidente cuando el ayuntamiento es incapaz de mantener en condiciones mínimamente decorosas la infraestructura urbana.

Los vecinos mexicanos de las comunidades rurales, además, sufren muchas otras negligencias resultantes de su condición de inmigrantes recientes (documentados e indocumentados) y por vivir en lugares alejados y marginados de la sociedad nacional. Primero, las escuelas públicas locales carecen de los recursos necesarios para servir a una población escolar en explosión con necesidades educativas especiales. En la citada comunidad de Guadalupe, por ejemplo, el 97 por ciento de la población escolar es de origen mexicano y sólo una tercera parte sabe suficiente inglés para seguir instrucción en ese idioma. La mayor parte de los padres no completó la instrucción elemental en México y exhibe altos índices de monolingüismo y analfabetismo. Segundo, los servicios locales de salud son igualmente deficientes. Además, pocos trabajadores disfrutan de seguro médico por medio del empleo y muchos no pueden acceder a los servicios públicos de seguridad social por su condición migratoria. La nueva población rural, sin embargo, exhibe considerables riesgos debido, en gran medida, a las condiciones de pobreza y negligencia bajo las cuales vive y trabaja. Finalmente, los nuevos pobladores mexicanos no suelen acceder a servicios de asistencia pública, el *welfare*, por desconocimiento de los programas, por residir lejos de los centros que expiden ayuda y por su condición migratoria. Un estudio reciente reveló cómo, aunque la población de origen mexicana con derechos al *welfare* representa dos terceras partes de las familias pobres de California, sólo una tercera parte emplea los servicios de beneficencia pública. Estos índices son aún más pronunciados entre la población mexicana que reside en las comunidades rurales.

Pero el escollo más grave que viven las comunidades mexicanas es su invisibilidad, el desconocimiento generalizado de su existencia por

parte del público en general y de los organismos del gobierno estatal y federal. Su existencia permanece oculta porque las comunidades frecuentemente se ubican en lugares remotos y apartados de las principales rutas de comunicación. No son físicamente visibles. Además, la integración de estas comunidades a la nueva estructura de la agricultura es, en gran medida, ignorada, porque el público está convencido de que la mecanización ineludiblemente acompaña a la modernización y de que los trabajadores empleados por la industria agrícola, en todo caso, son sustraídos temporalmente de México. Ya señalamos antes cómo el gobierno del estado de California no reúne información estadística precisa sobre el empleo agrícola. El gobierno federal, por su parte, también contribuye a ocultar la existencia y condición de las comunidades mexicanas al no captar información completa sobre estos lugares rurales durante los levantamientos censales (Sherman et al., 1997; García, 1992b; J.V. Palerm, 1997a). El Departamento de Agricultura, empleando datos censales deficientes, mantiene un inventario nacional de condados no-metropolitanos (rurales) con una incidencia alta de pobreza concentrada y persistente con el propósito de dirigir hacia ellos programas de asistencia y desarrollo (Beale, 1993), pero las comunidades pobres de California no se encuentran en él. La omisión se debe, en parte, a la baja calidad de la información estadística disponible y a una seria dificultad metodológica producida al seleccionar el condado como unidad de análisis, pero especialmente porque las características y perfil de la pobreza rural en California escapan a la definición de pobreza rural adoptada por la agencia federal. En efecto, mientras la pobreza rural en la mayor parte del país ocurre en el contexto de una agricultura anticuada, estancada y en recesión, produciendo bajos ingresos agrícolas y mucho desempleo, la pobreza rural en California ocurre en un contexto de prosperidad y expansión económica. La población pobre de la California rural, aunque representa el contingente más numeroso y más concentrado del

país, no queda registrada ni reconocida por las agencias de gobierno y es, por tanto, excluida de sus programas de apoyo y asistencia.

Las nuevas comunidades mexicanas en el medio rural de California, por lo demás, se oponen diametralmente a las ideas incrustadas profundamente en el pensamiento nacional con respecto a la evolución y dirección de la sociedad rural norteamericana. El país, acostumbrado a observar desde principios de siglo una sociedad rural en rápida descomposición económica, social y demográfica resultante de la industrialización, urbanización y éxodo rural, se resiste a aceptar la idea de una reconfiguración rural con comunidades en vigoroso crecimiento. La resignación nacional a la circunstancia de que las comunidades rurales deben disminuir en tamaño e importancia, envejecer y eventualmente desaparecer, resulta irreconciliable con la realidad observable de comunidades que crecen y se rejuvenecen con la reorganización de la agricultura.

Las nuevas comunidades mexicanas en California, para terminar, se ofrecen como lugares particularmente atractivos para la investigación, donde el antropólogo, aplicando sus métodos convencionales de trabajo de campo, tiene la oportunidad de aportar en poco tiempo valiosos conocimientos con enormes implicaciones prácticas y teóricas. Nuestro conocimiento acerca de las comunidades en cuestión es deficiente, pero, además, las otras disciplinas sociales tampoco están aportando conocimientos útiles al carecer de las fuentes de información que normalmente emplean para realizar sus trabajos. El estudio de las comunidades se presenta con grandes desafíos intelectuales y como una excelente oportunidad de tratar temas importantes de nuestro tiempo y, a la vez, de colocar a la antropología en su meollo. Todo lo cual resulta aún más atractivo cuando se advierte que el modelo de la nueva agricultura de California está siendo reproducido en muchas otras partes del país y del mundo. Se encuentra ya, por ejemplo, la presencia de campesinos mexicanos y de sus comunidades de colonos en

diversas partes de los Estados Unidos de América: en el noroeste, en los estados de Washington, Oregon y Idaho; en el sur, en los estados de Florida, Georgia, Carolina del Norte y Tennessee; en el medio-oeste, en los estados de Michigan, Ohio e Illinois; y en el noreste, estados de Nueva York y Pennsylvania (Griffith y Kissam, 1995; Commission on Agricultural Workers, 1993; García, 1997).

III.

Los trabajadores de origen mexicano en EEUU, sean migrantes o colonos, proceden de las mismas comunidades rurales de México y mantienen fuertes conexiones entre sí, pero también son antagónicos al tener intereses, propósitos y aspiraciones diferentes y a veces contradictorias. Mientras el colono proletarizado busca reunir los medios para sobrevivir y prosperar en California, donde el costo de vida es considerable, el migrante acude al mercado de trabajo con el fin de reunir ingresos complementarios para sobrevivir y prosperar en México, donde el costo de vida es inferior.

Muchos colonos, una vez separados de la economía doméstica rural mexicana, descubren que el empleo agrícola en California sólo excepcionalmente aporta los medios necesarios para sobrevivir. Como resultado, muchas familias inmigrantes se encuentran obligadas a reproducir estrategias campesinas colocando cuantos brazos pueden en el empleo intermitente y estacional con el fin de aglutinar un ingreso anual suficiente que satisfaga las necesidades del grupo familiar. Sus condiciones de vida y de trabajo difieren considerablemente de las que disfrutaban otros trabajadores proletarizados del país. Pocos colonos, hasta la fecha, han permanecido en la agricultura durante más de una generación, puesto que sus hijos huyen del empleo agrícola y de la vida rural. Se observa en California la formación y descomposición continua de una base proletaria que no alcanza a arraigarse y, por tanto, no se reproducen fácilmente ahí nuevas generaciones de tra-

bajadores agrícolas. El migrante campesino, en contraste, manteniendo un pie en cada lado de la frontera, asegura su vida económica en México y, además, reproduce eficientemente nuevas generaciones de trabajadores migrantes y de nuevos colonos quienes, a la vez, aseguran el bienestar y continuidad de la agricultura en California. La nueva agricultura de California, sin lugar a dudas, depende de una base campesina que vive y se reproduce en México.

La presencia de trabajadores poco convencionales (campesinos procedentes de la periferia y trabajadores imperfectamente proletarizados) en un área central de la economía mundial moderna (Estados Unidos de América) y en el seno de la agricultura más avanzada, capitalizada, productiva y rentable del mundo (California), obliga a fijar atención sobre algunas cuestiones importantes. Primero, con respecto a la persistencia de los campesinos y su creciente inserción como un componente crítico e indispensable en las economías más avanzadas. Segundo, con respecto a la naturaleza misma de la nueva economía agraria de California, la cual resucita interés sobre las ideas que Karl Kautsky planteó hace un siglo acerca de los límites del desarrollo capitalista en la agricultura y de la interdependencia que observó existía entre la gran empresa capitalista y la pequeña empresa campesina. Tercero, con respecto a la sorprendente formación de nuevas comunidades de trabajadores imperfectamente proletarizados (aquellos quienes han quedado efectivamente separados de los medios de producción, pero que no reciben una compensación suficiente para sobrevivir por medio de la venta de su trabajo) como una manifestación del capitalismo moderno en los países más avanzados. Y, finalmente, con respecto a la misma naturaleza y dirección del capitalismo actual.

Estoy convencido de que la presencia crítica de campesinos mexicanos en la moderna economía agraria de California obliga a resucitar por tercera vez un viejo, pero irresoluto debate. Aquel que la presencia continuada y la coexistencia de formas no-capitalistas, especialmente

campesinas, con el modo capitalista de producción suscitó hacia finales del siglo XIX y principios del XX, especialmente entre estudiosos marxistas. El tema campesino, como es sabido, enfrentó a dos grandes figuras del momento (Lenin, 1950 y Chayanov, 1966), obligó a una revisión del análisis marxista del capitalismo agrario (Kautsky, 1974) y condujo a Rosa Luxemburgo (1967) a cuestionar las mismas bases de la acumulación capitalista según las había propuesto Marx. La polémica, además, estimuló enormemente la investigación empírica acerca de las sociedades y economías campesinas de Europa y de otras partes del mundo. El debate, sin embargo, quedó interrumpido con el ascenso del nazismo en Alemania, del estalinismo en Rusia y el desarrollismo en Inglaterra y los Estados Unidos de América. En Rusia, por ejemplo, donde destacaron los esfuerzos por estudiar a los campesinos y donde el debate teórico cobró especial intensidad, Stalin lo cerró mediante la imposición de su voluntad decretando, por una parte, la colectivización de la agricultura y, por otra, eliminando físicamente a todos los disidentes de su posición doctrinal consistente en que los campesinos deben desaparecer.

Según recuerda Angel Palerm (1980: 169), la resurrección de los estudios campesinos en México durante los años sesenta y setenta, así como la reactivación del debate teórico, se debió sobre todo a los campesinos mismos, quienes "*continuaron ignorando las profecías de los científicos sociales y de los marxistas sobre su inminente extinción*". La persistencia campesina a lo largo del siglo XX, especialmente en los países, como México, en vías de desarrollo, hizo "*evidente que en lugar de las hipótesis y las prácticas de su desaparición se necesita una teoría de su continuidad y una praxis derivada de su permanencia histórica*". En México, como anotamos antes, la nueva antropología social se abocó durante los años setenta casi por completo al estudio del campesinado y los antropólogos mexicanos pronto se encontraron envueltos en el gran debate. A pesar de la considera-

ble producción científica de esos años, basada en las investigaciones de campo de los antropólogos y en un examen crítico de la teoría marxista, Angel Palerm (1980: 168) concluyó "*que la síntesis que se necesita todavía se ve sólo confusamente y el proceso para llegar a ella no va a ser fácil ni breve*".

Hacia principios de los años ochenta, el debate científico se deterioró en un acalorado diálogo entre sordos y, poco después, se cerró sin haberse resuelto satisfactoriamente; no, en esta ocasión, por medio de un acto despótico, opresivo o inhibiente, pero por pura y sencilla desidia y desinterés. El abandono del tema campesino y de los campesinos como un problema central de la antropología mexicana, tanto en su dimensión teórica como de investigación de campo, coincidió desafortunadamente con el abandono de una política estatal que enfocara atención sobre la cuestión campesina del país sin que, por otra parte, hubiera disminuido la necesidad o urgencia.

Hoy, los campesinos mexicanos, perfectamente afincados no sólo sobre la extensa geografía agrícola de México y de los Estados Unidos de América, sino también sobre muchos otros espacios manufactureros de la producción capitalista, exigen nuevamente atención, a la vez que desafían con su omnipresencia las construcciones y elucubraciones inadecuadas y el desinterés de los científicos sociales, que hace tiempo perdieron el pulso de la realidad social y económica del mundo moderno. Se requiere, ahora, no sólo explicar satisfactoriamente la persistencia generalizada de formas campesinas en el medio mexicano, a pesar de más de medio siglo de políticas desarrollistas diseñadas para eliminarlas y de los embates más recientes de las políticas neo-liberales, sino también explicar su presencia, crecimiento y función en las economías más avanzadas de los Estados Unidos de América como un resultado de las mismas políticas neo-liberales.

La tercera resurrección de los estudios campesinos, esta vez obligadamente ligada al estudio del capitalismo avanzado, debe empezar con la

requerida revisión crítica de los clásicos, de las obras de los estudiosos quienes primero advirtieron la injerencia de trabajadores y consumidores no-capitalistas en la esfera de la producción y acumulación capitalista y quienes se esforzaron por resolver las incongruencias teóricas y paradigmáticas que este inesperado acontecimiento suponía. También debe examinarse cuidadosa y críticamente el abundante acervo etnográfico producido durante la segunda resurrección de los estudios campesinos, cuando los antropólogos aportaron su más valiosa contribución a través de la investigación de campo. Es asimismo urgente reactivar la investigación de campo, descuidada durante los últimos tres lustros, con el fin de refamiliarizar al antropólogo con la realidad concreta empíricamente observable y con la tarea de empezar a actualizar conocimientos acerca de los campesinos, sus comunidades y los múltiples espacios que ocupan en la actual economía y sociedad mundial. Es imperativo, finalmente, reintroducir a los estudiantes de antropología a la temática campesina, a la campesinología, con el fin de capacitar una nueva generación de antropólogos. La feliz integración de las cuatro tareas perfiladas arriba permitirá recobrar el ímpetu perdido, avanzar rápidamente sobre el campo teórico abandonado y acercarnos a la elaboración de praxis con el fin de enfrentar responsablemente algunas de las consecuencias sociales de la nueva economía capitalista.

Justo antes de que el tema campesino entrara en descuido como un área de investigación y de acción, la antropología produjo tres importantes obras de síntesis que constituyen interesantes esfuerzos por integrar de manera teóricamente relevante los conocimientos reunidos hasta el momento acerca del origen, formación y desarrollo del capitalismo y de sus conexiones con formas no-capitalistas. Las tres obras, además, delimitan con bastante precisión algunas de las nuevas líneas de investigación necesarias para continuar avanzando sobre el tema. Se trata de **Europe and the People Without History**, de Eric R. Wolf, publicado en 1982;

Antropología y marxismo, de Angel Palerm, publicado en 1980, y **Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History**, de Sidney W. Mintz, publicado en 1985. Considero que estas tres obras pueden emplearse con mucha ventaja para organizar y dirigir un nuevo esfuerzo sobre la escurridiza pero importante cuestión campesina.

En sus primeros estudios sobre los campesinos, Eric Wolf concluye que las comunidades campesinas observadas por los antropólogos eran ante todo productos múltiples de la expansión del capitalismo industrial y no simples supervivencias del pasado (Wolf, 1955: 453); las comunidades, escribe el autor, eran contemporáneas y tenían funciones contemporáneas (Wolf, 1957: 13). **Europe and the People Without History**, parte de la afirmación de que el mundo humano constituye un todo único formado por procesos interconectados. La obra, en efecto, examina la historia del mundo moderno, desde 1400 hasta la consolidación del capitalismo industrial, como una totalidad, como un sistema, en lugar de como una suma de sociedades y culturas autocontenidas y separadas (Wolf, 1982: 3 y 385).

A diferencia de otros estudiosos que enfocaron atención sobre el sistema capitalista mundial (E. Wallerstein, 1974; A.G. Frank, 1966), Eric Wolf examina la expansión del capitalismo siguiendo sus efectos sobre las micro-poblaciones que convencionalmente estudian los antropólogos y que se encuentran en la periferia del capital. El examen, entre otras cosas, revela otra vez que las poblaciones que habían sido consideradas como "primitivas" y estudiadas como ejemplos prístinos de supervivencias del pasado habían, en realidad, experimentado grandes transformaciones. No existen ya, insiste el autor, "ancestros contemporáneos", sino diversos colectivos humanos interconectados entre sí. La tarea del científico social consiste en describir el desarrollo y naturaleza de las conexiones y explicarlas. Wolf aconseja que cualquier esfuerzo por explicar dichas conexiones debe cimentarse sobre las condiciones económicas y

políticas que las generaron y mantuvieron (Wolf, 1982: 385-6). Los procesos de formación de clases obreras constituyen instancias que revelan con claridad las conexiones entre el modo capitalista de producción y poblaciones diversas del mundo.

Eric Wolf dedica el capítulo final de **Europe and the People Without History** a los nuevos obreros del capitalismo industrial, partiendo de la premisa marxista de que la esencia del capital reside en su capacidad de movilizar trabajo social, comprándolo y poniéndolo a trabajar, pero reconociendo que el capital no produce una sola y uniforme clase obrera, sino clases sociales de trabajadores (Wolf, 1982: 356). La expansión del modo capitalista de producción, en efecto, desencadenó grandes movimientos de población de muchos lugares hacia los nuevos centros de producción, dándose la formación de clases sociales con características diversas según el lugar y momento en que los trabajadores quedaron insertos en el proceso de acumulación. Las características de las clases obreras, por tanto, no fueron determinadas sólo por la relación del trabajador con el salario, sino también, por ejemplo, por los lazos de parentesco, de localidad y asociación que unen a las comunidades de origen de los obreros con los nuevos centros de producción (Wolf, 1982: 266 y 359). La capacidad del capital de movilizar trabajo, salvando siempre grandes distancias geográficas y culturales, continúa engendrando nuevas y disímiles clases de obreros en distintas partes del mundo. Esto ocurre cuando el capital recluta a trabajadores con orígenes sociales y culturales distintos y los inserta en un mundo cada vez más integrado; provocando, a la vez, la intensificación de diásporas proletarias cada vez más diversas. El capital, en suma, crea sociedades plurales para satisfacer las necesidades cambiantes del capital. Entre ellas, dicho sea de paso, el surgimiento de nuevas empresas agroindustriales, cuyas necesidades laborales especiales son resueltas recurriendo a fuentes de trabajo barato que proveen trabajadores migrantes (Wolf, 1982: 379-383).

La obra de Eric Wolf, en resumidas cuentas, ofrece un marco conceptual acerca de cómo las necesidades de la acumulación capitalista rigen y determinan, en el pasado y en el presente, las vidas de colectivos humanos ubicados tanto en los centros de producción capitalista como en las distantes y más recónditas periferias, manifestando no un proceso uniforme y unilineal de proletarización universal, sino un proceso con resultados y manifestaciones disímiles. El marco conceptual permite explicar, por una parte, la persistencia de formas campesinas en una economía global dominada por el capitalismo avanzado y, por otra, la presencia de obreros campesinos en la misma esfera de la producción industrial; ambos desempeñando funciones que aseguran la reproducción del capital. En **Antropología y marxismo**, Angel Palerm parte del reconocimiento de la crisis que enfrenta la antropología como disciplina científica y el marxismo como sistema de pensamiento teórico. La primera, rica en resultados empíricos, pero, en la práctica, ateorica, irrelevante y pervertida por su tradición de servir intereses coloniales. El segundo, rico en su rigor crítico, pero, en la práctica, dogmático, doctrinal, tautológico y pervertido por una tradición que lleva a la esterilidad científica e intelectual. El autor, recordando la estrecha y productiva relación que la antropología y el marxismo sostuvieron en sus orígenes, aspira a una nueva síntesis entre la disciplina científica y el sistema teórico; la cual, una vez despojados la antropología y el marxismo de sus defectos y perversiones, pueda asumir la tarea de transformar la sociedad: "*Hacer una ciencia tan racionalmente transformadora de la sociedad como las demás ciencias lo son ya de la naturaleza*" (Palerm, 1980: 11). Para ello, insiste Angel Palerm, es indispensable unir de nuevo a la teoría y la praxis en el quehacer antropológico. La antropología, además, necesita restaurar su eminente vocación por el trabajo de campo y la investigación empírica y debe romper la barrera artificial que se le impuso como una disciplina que estudia "los primitivos" para avanzar en

el estudio de las sociedades complejas del pasado y presente.

Ángel Palerm acoge con entusiasmo y con ánimo provocador la oportunidad de renovar la dialéctica entre la antropología y el marxismo. **Antropología y marxismo**, en efecto, visita tres situaciones en que la antropología y el marxismo han mantenido una intensa interacción, donde los resultados de investigación se han contrapuesto a la teoría produciendo nuevas praxis de investigación, nuevas síntesis y, a la vez, transformaciones de la antropología y del marxismo. Se trata, primero, del estudio del origen y desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas mediante la aplicación del modelo del modo asiático de producción; segundo, del estudio del sector colonial y de la íntima relación que mantiene con el origen y desarrollo del capitalismo y el establecimiento del primer sistema económico mundial; y, tercero, el estudio de los campesinos y su articulación con el capitalismo avanzado. Las tres situaciones, extraídas principalmente de la realidad mexicana, tratan diversos aspectos de la evolución social y del capital que obligan al marxismo a reexaminar y reevaluar algunas de sus premisas teóricas y a la antropología a observar y buscar más allá de la comunidad local.

De las tres situaciones que examina el autor en la citada obra, sólo me ocuparé aquí del tema campesino. Al igual que Eric Wolf, Ángel Palerm parte del conocimiento de que *"las comunidades aldeanas no son simples supervivencias ni fósiles del pasado, sino productos vivos de la adaptación obligada de los campesinos a las exigencias de la sociedad mayor y de sus clases dominantes"* (Palerm, 1980: 151). Y, siguiendo a Rosa Luxemburgo (1967), parte también de la demostración de que el capitalismo tampoco es ni puede ser un sistema cerrado y autosuficiente. Su existencia se debe en gran medida a la explotación incesante de otras formaciones no-capitalistas, entre las cuales destacan los segmentos coloniales y los campesinos (Palerm, 1980: 93). Ambos puntos de partida implican una seria desviación de las tesis mar-

xistas prevalecientes y abren un intenso debate con importantes implicaciones teóricas, políticas y, sobre todo, de praxis. Una revisión cuidadosa de la interacción entre el capital y los campesinos, afirma Palerm, no revela un proceso uniforme de proletarianización, sino resultados múltiples, aparentemente contradictorios, que en ocasiones conducen a la destrucción de los campesinos, pero, en muchas otras, a su estrecha incorporación a la esfera del capital e, incluso, a su restauración donde no los había o donde habían quedado eliminados (Palerm, 1980: 196). Concluye que cada vez resulta más aventurado predecir el fin de los campesinos y cada vez más difícil concebir un futuro capitalista sin campesinos.

Ángel Palerm dedica tres capítulos de **Antropología y marxismo** a los campesinos. El primero examina el surgimiento en Europa, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, del debate marxista y de la investigación empírica suscitados por la permanencia de los campesinos y por su fuerte gravitación en torno a la producción y reproducción capitalista. El interés por los campesinos aumenta, sobre todo, cuando se reconoce que la invasión de la empresa capitalista de la agricultura y el rápido avance de la industrialización y urbanización en Europa producen resultados disímiles y aparentemente contradictorios a los que fueran observados en Inglaterra y que sirvieron para modelar el impacto del desarrollo del capitalismo industrial sobre las sociedades y economías rurales tradicionales. Se vive en esos momentos también, cabe recordar, la movilización revolucionaria de los campesinos, produciendo grandes inquietudes tanto teóricas como políticas. Aunque surge una poderosa praxis de investigación científica y un intenso debate teórico, éstos son desafortunadamente interrumpidos, como señalamos arriba, por el ascenso del nazismo en Alemania y del estalinismo en Rusia. Palerm recuerda que la eliminación del debate, de la investigación e, incluso, de los campesinos en Europa, sin embargo, no modificó substancialmente la realidad del campesi-

nado en el mundo moderno. Además, señala correctamente que según avanza la eliminación del campesinado en Europa occidental mediante la proletarianización, la pérdida es ampliamente compensada con la exportación y recreación de campesinos en otras partes del mundo (Palerm, 1980: 161-2).

El segundo capítulo de **Antropología y marxismo** dedicado al tema campesino enfoca atención sobre la ya mencionada resurrección de los estudios campesinos durante la segunda mitad del siglo XX en manos, principalmente, de la antropología. Una resurrección hecha necesaria, por cierto, por el rechazo campesino a desaparecer y por el desplazamiento de los campesinos desde los países metropolitanos hacia los coloniales, dependientes y periféricos como México donde, además, los programas de reforma agraria sirvieron para restaurar y ampliar su base campesina. Ante las tesis marxistas y desarrollistas de que la persistencia campesina se explica como un resultado del retraso económico y tecnológico, Palerm insiste que estos acontecimientos no pueden reducirse a una condición de subdesarrollo, sino que la supervivencia campesina sólo puede ser comprendida en el cuadro de la evolución del sistema mundial (Palerm, 1980: 178). El capítulo en cuestión también rescata la tesis de Karl Kautsky (1974) con respecto a la persistencia y restauración campesina como un resultado de la estrecha relación de interdependencia que mantiene la gran empresa agraria capitalista con la pequeña campesina para resolver sus necesidades laborales; y recuerda el fenómeno contemporáneo de los grandes desplazamientos de campesinos desde sus enclaves rurales a los centros de producción capitalista. Angel Palerm concluye escribiendo: "...el campesinado resulta necesario tanto como mercado para la realización de parte de la producción capitalista, cuanto como mano de obra barata para las empresas capitalistas agrarias y no agrarias. A la vez, los campesinos sirven como productores no capitalistas de mercancías baratas que entran en la circulación capitalista. Finalmente, los campesinos

reproducen la fuerza de trabajo sin cargar costos al sector capitalista y la mantienen también sin costos, como en un depósito demográfico, cuando no existe suficiente ocupación productiva" (Palerm, 1980: 183).

En base a las conclusiones citadas arriba, Angel Palerm propone en el tercer capítulo dedicado a los campesinos un modelo teórico-metodológico que tiene el propósito, por una parte, de estimular y dirigir la organización de la investigación de campo acerca de la articulación de los campesinos con el sistema capitalista privado dominante y, por otra, de animar el diálogo teórico acerca de la persistencia campesina en el sistema moderno. Para ello propone una transformación de la conocida fórmula *mercancía-dinero-mercancía* (M-D-M) de Marx, que permite, primero, describir y cuantificar la circulación del intercambio de valores entre campesinos y capitalistas y, últimamente, determinar lo que el intercambio implica para cada uno. Se asume que para los campesinos el intercambio permite la reproducción del trabajo entendida, siguiendo a Chayanov, como la satisfacción de necesidades de consumo; y para el sector capitalista el intercambio permite la acumulación entendida, siguiendo a Luxemburgo, como la reproducción ampliada del capital.

El modelo, además, permite distinguir diferentes modalidades de articulación que resultan de la combinación del tipo y cantidad de bienes que el sector capitalista demanda del segmento campesino y las estrategias que adoptan los campesinos para satisfacer dichas demandas y sobrevivir. Desde, por ejemplo, un extremo en el cual los campesinos mantienen una fuerte capacidad para producir independientemente subsistencias para su autoabasto y sólo transfieren pequeñas cantidades y valores de mercancías y trabajo al sector capitalista, al extremo opuesto, donde la capacidad de producir subsistencias queda severamente disminuida y donde se transfieren mayores cantidades y valores de mercancías y especialmente trabajo campesinos al sector capitalista. La gama sugiere una especie de continuo histórico que con-

duce a la proletarización, entendida como la separación efectiva del trabajador de los medios de producción, pero que nunca se alcanza.

Angel Palerm, en efecto, sugiere que la transición campesino-proletario es sólo una abstracción teórica que no se da en la realidad concreta como dirección principal o única del desarrollo capitalista. De lo cual se desprende también la noción de que el proceso llamado de proletarización progresiva del campesinado puede ser detenido en alguno de sus momentos, es reversible y multidireccional (Palerm, 1980: 219). Dicho proceso puede también contemplarse como una proletarización incompleta o imperfecta del trabajador, coincidiendo en parte con la noción propuesta por Eric Wolf acerca de la formación de clases trabajadoras con procesos disímiles y como componentes vivos del sistema económico mundial moderno. Cuando Sidney W. Mintz se acercó en 1948 a las comunidades rurales de Puerto Rico encontró en ellas a una población que no correspondía a la imagen de campesinos o de agricultores independientes, *farmers*, sino a una población de trabajadores sin propiedad, efectivamente separados de los medios de producción, que vivían de la venta de su trabajo a las empresas azucareras (Mintz, 1956 y 1985). Encontró también que la formación de esta clase trabajadora del campo no era reciente, sino que se construía sobre la base de esclavos importados de Africa para desempeñar en un pasado no muy distante las mismas funciones productivas para las mismas empresas. Curiosamente, Mintz observó en Jamaica la presencia de una clase rural de corte campesina asociada a la producción de azúcar que también tenía un pasado esclavista (Mintz, 1959: 273).

La descripción de comunidades rurales en Puerto Rico, ubicadas en un territorio agrícola completamente dominado por la producción capitalista de una mercancía (azúcar), constituye una clara desviación de los estudios rurales realizados por Robert Redfield en Morelos (1930) y Yucatán (1941), México. Mientras Redfield caracteriza, describe y define a la

pequeña comunidad rural como aislada, auto-suficiente y envuelta en un proceso de cambio impulsado por la modernización urbana (el llamado continuo folk-urbano), pero sin referencia alguna a la presencia e injerencia de plantaciones azucareras y henequeneras, Mintz describe una sociedad de segmento que no puede ser analizada sin referencia a otras clases sociales de la sociedad total. Un primer esfuerzo del autor, por tanto, consiste en unir en un mismo marco de análisis a las comunidades rurales de Puerto Rico con las plantaciones de azúcar.

Sidney Mintz, en segundo lugar, concluye que el estudio del sistema de plantación, tanto en el Caribe como en otras partes del mundo, no puede avanzar sin referencia al sistema mayor que lo engendró: la expansión europea y el desarrollo del capitalismo. Los segmentos colonial y metropolitano deben, por tanto, examinarse como partes interdependientes de un todo mayor (Mintz, 1985: 23). En este sentido, Mintz propone que el surgimiento de una clase esclava asociada al sistema de plantación en las colonias es parte del mismo proceso que engendró al mismo tiempo una clase proletaria asociada a la producción industrial en Europa; ambos, esclavos y proletarios, son producto del mismo sistema capitalista (Mintz, 1985: 54, 57-8). Es más, el autor concluye que el esclavismo se establece como la forma preferida de las plantaciones capitalistas para la extracción de trabajo en el Caribe después de haber experimentado con otras modalidades que incluyen la contratación de trabajadores y el establecimiento de pequeños productores independientes (Mintz, 1985: 53).

Mintz, finalmente, se percata de que el producto de las plantaciones se encuentra íntima e intrínsecamente vinculado al mismo origen y desarrollo del capitalismo industrial. Con respecto al azúcar producido en las plantaciones del Caribe, el autor encuentra que la mercancía se convierte muy pronto en un alimento esencial y básico de la nueva clase trabajadora europea; la cual, separada de los medios de producción, debe establecer nuevos sistemas de ali-

mentación que se acomoden a las nuevas condiciones de vida urbana y de trabajo en las fábricas. El pan consumido con grandes cantidades de confitura endulzada y acompañado con té también cargado de azúcar constituye un excelente restaurador de energía que, a la vez, requiere de poco tiempo y trabajo para preparar. El azúcar y té, producidos en las colonias con trabajo campesino y esclavo, pronto pasaron de ser productos de lujo consumidos en pequeñas cantidades exclusivamente por las clases más ricas a convertirse en productos de consumo generalizado y crítico de la clase obrera. Lo que, a la vez, estimuló la producción en las plantaciones del segmento colonial. Es ante esta clara interacción que Sidney Mintz sugiere la ventaja de integrar en un mismo marco de análisis las esferas de la producción y del consumo de productos que en la realidad observable se encuentran geográfica y socialmente segregadas.

Sweetness and Power representa la síntesis que Sidney Mintz procura alcanzar con respecto al estudio de la sociedad moderna y el futuro de la antropología. El autor parte del reconocimiento de que los antropólogos, habituados a estudiar sociedades en las cuales la producción y el consumo se encuentran perfectamente integrados, experimentan serias dificultades cuando se enfrentan ante sistemas modernos donde la producción y el consumo están separados. Mintz sugiere que la nueva investigación debe guiarse preguntando acerca de las interconexiones que existen entre el mundo externo (colonial) y el europeo, acerca de las fuerzas (poder) que conservan dicha interdependencia y acerca de la distribución de beneficios (Mintz, 1985: xvi). Examinando el caso de la producción de azúcar, se concluye que los cambios documentados entre los productores en el Caribe y los consumidores en Europa no ocurrieron al azar ni fortuitamente, sino que son consecuencias directas del mismo impulso que creó la economía mundial y del tremendo aparato productivo y distributivo del capitalismo moderno (Mintz, 1985: 158-9).

Ultimamente, el autor, aspira a la construcción de una nueva antropología que enfoque atención sobre las sociedades modernas, del presente, y sus procesos de cambio, pero conservando siempre el trabajo de campo como praxis profesional (Mintz, 1985: xxviii). Sugiere que la investigación sobre el uso de nuevos alimentos por parte de la sociedad moderna puede contribuir al desarrollo de una antropología que, por una parte, disminuya la resistencia de los antropólogos a estudiar el cambio contemporáneo y, por otra, a asegurar que la antropología asuma mayor responsabilidad al contribuir con sus estudios a la producción de nuevos conocimientos útiles. Propone, en efecto, que el estudio de la vida cotidiana moderna, sobre asuntos tan mundanos como la comida, pero siempre examinados desde la perspectiva integradora de la producción y del consumo, puede contribuir a renovar una disciplina en crisis y sin propósitos precisos (Mintz, 1985: 213).

Las obras y autores citados arriba invitan a un fértil, entretenido y seguramente polémico debate acerca de la historia del pensamiento marxista en torno, por ejemplo, de los orígenes y desarrollo del capitalismo, de sus conexiones con formaciones no occidentales y no capitalistas y de la formación del sistema económico mundial. Pero, sobre todo, proporcionan las bases teóricas y empíricas desde las cuales es posible restaurar interés por una nueva praxis de investigación antropológica que enfoque atención sobre el capitalismo actual, vivo de nuestro tiempo. El complejo de la nueva agricultura de California tratado aquí es sólo una de otras muchas situaciones que revelan con bastante claridad el funcionamiento y dirección de las nuevas economías reestructuradas y algunas de sus consecuencias sociales, políticas y económicas. La nueva, reestructurada y avanzada industria agrícola de California, ajustada con precisión para producir los alimentos de primor que requiere la nueva sociedad moderna y para reproducir capital, transforma de maneras inesperadas a las clases de trabajadores y comunidades humanas asociadas a sus siste-

mas de producción y reproducción; engendrando unas nuevas y descartando otras, siempre desobedeciendo las doctrinas prevalecientes del desarrollo. Las tres obras, sin duda, ayudan a reconocer el significado teórico y práctico de estos acontecimientos inesperados. Además, permiten una primera aproximación a explicar, entre otros eventos, la presencia renovada de campesinos mexicanos y de otros trabajadores imperfectamente proletarizados en la esfera de la producción y reproducción capitalista como principal y exclusiva fuerza de trabajo; la creación de nuevas comunidades y colectivos de trabajadores no convencionales y la eliminación de otros convencionales; y los grandes movimientos de población que actualmente integran a los centros metropolitanos del capital desarrollados con las periferias distintamente desarrolladas.

Las tres síntesis, por otra parte, exigen la reanudación de un debate teórico inconcluso, estimulan el rescate del trabajo de campo como un procedimiento idóneo para producir conocimientos y análisis sobre lugares y colectivos que permanecen prácticamente desconocidos y obligan a los antropólogos a enfrentar la crisis de su disciplina. Ultimamente, también dirigen al antropólogo a emprender el estudio de temas importantes de nuestro tiempo, potenciando la posibilidad de no sólo estimular un nuevo ciclo de investigación relevante, sino también la elaboración de praxis que sirvan para transformar a la disciplina y a la sociedad.

- BEALE, C. L. (1993): "Poverty is Persistent in Some Rural Areas", Washington, DC, *Agricultural Outlook*, September.
- BUGARIN, A., & E. LOPEZ (1998): *Farmworkers in California*, Sacramento, California Research Bureau.
- CAMPOS, P.V., & S. KOTKIN-JASZI (1987): *California Farmworkers Enumeration Report*, Sacramento, Department of Health and Human Services.
- CARGILL, B.F. & G.E. ROSSMILLER (1970): *Fruit and Vegetable Harvest Mechanization*, East Lansing, Rural Manpower Center.
- CHAYANOV, A.V. (1966): *The Theory of Peasant Economy*, Homewood, The American Economic Association.
- COMMISSION ON AGRICULTURAL WORKERS (1993): *Appendix I. Case Studies and Research Reports Prepared for the Commission on Agricultural Workers, 1989-1993*, Washington, DC, U.S. Government Printing Office.
- DECRETO (1975): "Decreto por el que se crea el Centro de Investigaciones Superiores del INAH...", *Centro de Investigaciones Superiores del INAH*, México, DF, Ediciones de la Casa Chata.
- DEPARTMENT OF FOOD AND AGRICULTURE (1997): *California Agricultural Resource Directory, 1997*, Sacramento, State of California Department of Food and Agriculture.
- EMPLOYMENT DEVELOPMENT DEPARTMENT: Report 882A. *Agricultural Employment, 1987-1993*, Sacramento, Labor Market Information Division.
- FIGUEROA SANCHEZ, T. (sin fecha): "Against all Odds: Mexican Family Farms in California", Unfinished Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.
- FRANK, A.G. (1966): "The Development of Underdevelopment", *Monthly Review*, 18, pp. 17-31.
- FRIEDLAND, W.H. & A. BARTON (1975): *Destalking the Wily Tomato*, Research Monograph, n° 15, Department of Applied Behavioral Sciences, Davis, University of California.
- GALARZA, E. (1977): *Farm Workers and Agri-business in California, 1947-1960*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- GALARZA, E. (1978): *Merchants of Labor: An Account of the Managed Migration of Mexican Farm Workers in California 1942-1960*, Santa Bárbara, McNally and Loftin, West.
- GARCIA, V. (1992a): *Surviving Farmwork: Economic Strategies of Chicano/Mexican Households in a Rural California Community*, Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.
- GARCIA, V. (1992b): *Result from an Alternative Enumeration in a Mexican and Mexican American Farm Worker Community in California: Ethnographic Evaluation of the Behavioral Causes of Undercount*, Washington, DC, Final Coverage Report for Joint Statistical Agreement 89-29, Center for Survey Methods Research, Bureau of the Census, Department of Commerce.
- GARCIA, V. (1995): *Finding and Enumerating Migrant in Mexican Enclaves of the U.S. Northeast: The Case of Southern Chester County, Pennsylvania*, Washington, DC, Center for Survey Methods Research, Bureau of the Census, Department of Commerce.
- GARCIA, V. (1996): "All Was Not Lost: The Political Victories of Mexican Immigrants in Guadalupe, California", en R. Rochin, ed., *Immigration and Ethnic Communities: A Focus on Latinos*, East Lansing, Julian Samora Research Institute, Michigan State University.
- GARCIA, V. (1997): "Mexican Enclaves in the U.S. Northeast: Immigrant and Migrant Mushroom Workers in Southern Chester County, Pennsylvania," *Research Report*, n° 27, East Lansing, Julian Samora Research Institute, Michigan State University.
- GONZALEZ MARTINEZ, L. (1991): *Respuesta campesina a la Revolución Verde en el Bajío*, México, DF, Universidad Iberoamericana, Antropología Social.
- GRIFFITH, D. & E. KISSAM (1995): *Working Poor, Farmworkers in the United States*, Philadelphia, Temple University Press.
- HALEY, B. (1989): *Aspects and Social Impacts of Size and Organization in the Recently Developed Wine Industry of Santa Bárbara County, California*, Santa Bárbara, Center for Chicano Studies, University of California.
- HALEY, B. (1997): *Newcomers in a Small*

- Town: Change and Ethnicity in Rural California*, Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.
- IBARRA, M. L. (1998): "Creen Que No Tenemos Vidas": *Migration, Alienation, and Resistance in the Lives of Mexicana Household Workers*, Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.
- JOHNSTON, W.E. & H.O. CARTER (1983): "Policy Issues", en A. Foley Scheuring, ed., *A Guidebook to California Agriculture*, Berkeley, University of California Press.
- KAUTSKY, K. (1974): *La cuestión agraria*, Barcelona, Editorial Laia.
- KRISSMAN, F. (1996): *California Agribusiness and Mexican Farm Workers (1942-1992): a bi-national agricultural system of production/reproduction*, Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.
- LENIN, V.I. (1950): *El desarrollo del capitalismo en Rusia: el proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- LOPEZ CASTRO, G. (1986): *La casa dividida: un estudio de caso sobre la migración a Estados Unidos en un pueblo michoacano*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Asociación Mexicana de Población.
- LUXEMBURGO, R. (1967): *La acumulación de capital*, México, D.F., Editorial Grijalbo.
- MAMER, J.W., & V. FULLER (1978): "Employment of California Farms", en J.W. Mamer & V. Fuller, eds., *Technological Change, Farm Mechanization and Agricultural Employment*, Berkeley, Division of Agricultural Sciences, University of California.
- MARGOLIS, A. (1979): "El papel de la mujer en la agricultura de El Bajío (el caso de Magdalena de Araceo)", *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales*, 1, Mexico, DF, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- MARGOLIS, A. (1982): *El papel de la mujer en la agricultura de El Bajío (la organización familiar y el papel de la mujer en los sistemas agrícolas del Valle de Santiago, Guanajuato: un estudio comparativo de tres comunidades)*, Tesis de licenciatura, México, DF, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- MARTIN P.L. (1984): "Labor in California Agriculture", en P.L. Martin, ed., *Migrant Labor in Agriculture: An International Comparison*, Berkeley, Giannini Foundation of Agricultural Economics, University of California.
- MARTIN, P.L. (1988): *Harvest of Confusion: Migrant Workers in U.S. Agriculture*, Boulder, Westview Press.
- MASSEY, D., R. ALARCON, J. DURAND, & H. GONZALEZ (1987): *Return to Aztlan: The Social process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press.
- MCCORKLE, C.O. & C.F. NUCKTON (1983): "The Dimensions of California Agriculture", en A. Foley Scheuring: *A Guide to California Agriculture*, Berkeley, University of California Press.
- MINES, R. (1981): *Developing a Community Tradition of Migration: A Field Study in Rural Zacatecas, Mexico, and California Settlement Areas*, San Diego, Center for United States-Mexican Studies, University of California.
- MINTZ, S.W. (1956): "Cañamelar: The Subculture of a Rural Sugar Plantation Proletariat", en J. Steward et Al.: *The People of Puerto Rico*, pp 314-417. Urbana, University of Illinois Press.
- MINTZ, S. (1959): "Labor and Sugar in Puerto Rico and in Jamaica, 1800-1850", *Comparative Studies in Society and History*, I (3).
- MINTZ, S. (1985): *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, London, Viking Penguin Inc.
- PALERM, A. (1975): *Programa-presupuesto 1975*, México, DF, Centro de Investigaciones Superiores de INAH, Ediciones de la Casa Chata.
- PALERM, A. (1980): *Antropología y marxismo*, México, DF, Editorial Nueva Imagen.
- PALERM, J. V. (1979): "Notas para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura", *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, México, DF, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- PALERM, J.V. (1989): "Latino Settlements in California," *The Challenge: Latinos in a Changing California*, Riverside, University of California.

- PALERM, J.V. (1991): *Farm Labor Needs and Farmworkers in California, 1970-1989*, Sacramento, Employment Development Department.
- PALERM, J.V. (1994): "La intersección del agua y el trabajo en la modernísima agricultura de California", en J. Romero & C. Giménez, eds., *Regadíos y estructuras de poder*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", Diputación de Alicante.
- PALERM, J.V. (1995): "Policy Implications & Community Studies", *The Changing Face of Rural California*, Davis, University of California (sin publicar).
- PALERM, J.V. (1997a): *Immigrant and Migrant Farm Workers in the Santa Maria Valley*, California, Santa Bárbara, University of California.
- PALERM, J.V. (1997b): "Latinos", en G.E. Goreham, ed., *Encyclopedia of Rural America: The Land and People*, Santa Bárbara, ABC-CLIO, Inc.
- PALERM, J.V. (1997c): *Los nuevos campesinos*, México, DF, Universidad Iberoamericana.
- PALERM, J.V. (1997d): "La persistencia y expansión de sistemas agrícolas y tradicionales: El caso del Huamil en el Bajío Mexicano", en E. Hernández Bermejo, M. Clemente & J.L. Ubera, eds., *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, Córdoba, España, Copy Rapid, S.C.A.
- PALERM, J.V. (1998): "The Expansion of California Agriculture and the Rise of Peasant-Worker Communities", en S. Jonas & S. Dod Thomas, eds., *Immigration: A Civil Rights Issue for the Americas*, Wilmington, Scholarly Resources, Inc.
- PALERM, J.V. & J.I. URQUIOLA (1993): "A Binational System of Agricultural Production: The Case of the Mexican Bajío and California", *Mexico and the United States Neighbors in Crisis*, San Bernardino, The Borgo Press.
- PRICE, B.L. (1983): *The Political Economy of Mechanization in U.S. Agriculture*, Boulder, Westview Press.
- REDFIELD, R. (1930): *Tepoztlan, A Mexican Village: A Study of Folk Life*, Chicago, The University of Chicago Press.
- REDFIELD, R. (1941): *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, University of Chicago Press.
- ROCHIN, R.I. & M.D. CASTILLO (1993): *Immigration, Colonia Formation and Latino Poor in Rural California: Evolving Immiseration*, Claremont: The Tomás Rivera Center, Occasional Paper Series, n° 93-1.
- RUNSTEN, D. (1981): *Mechanization and Mexican Labor in California Agriculture*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California.
- RUNSTEN, D., & M. KEARNEY (1994): *A Survey of Oaxacan Village Networks in California Agriculture*, Davis, The California Institute for Rural Studies.
- SHERMAN, J., et Al. (1997): *Funding Invisible Farm Workers: The Parlier Survey*, Davis, California Institute for Rural Studies.
- SOSNICK, S.H. (1978): *Hired Hands: Seasonal Farm Workers in the United States*, Santa Bárbara, McNally & Loftin.
- THOMPSON, O.E. & A.F. SCHEURING (1978): *From Lug Boxes to Electronics: A Study of California Tomato Growers and Sorting Crews*, Davis, University of California.
- VILLAREJO, D., et Al. (1978): *Labor's Dwindling Harvest: The Impact of Mechanization on California Fruit and Vegetable Workers*, Davis, California Institute for Rural Studies.
- VILLAREJO, D. & D. RUNSTEN (1993): *California's Agricultural Dilemma: Higher Production and Lower Wages*, Davis, California Institute for Rural Studies.
- WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press.
- WELLS, M.J. (1996): *Strawberry Fields: Politics, Class and Work in California Agriculture*, Ithaca & London, Cornell University Press.
- WILKIE, A. & J.W. MAMER (1989): *Seasonal Labor in California Agriculture*, Sacramento, Employment Development Department.
- WOLF, E.R. (1955): "Types of Latin American Peasantry: A Preliminary Discussion", *American Anthropologist*, 57, pp. 452-70.
- WOLF, E.R. (1957): "Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica

and Central Java", *Southwestern Journal of Anthropology*, 13, pp. 1-18.

WOLF, E.R. (1982): *Europe and the People without History*, Berkeley, University Press

ZABIN, C., et Al. (1993): *Mixtec Migrants in California Agriculture: A New Cycle of Poverty*, Davis, California Institute for Rural Studies.

ZLOLNISKI, C. & J.V. PALERM (1996): "Working but Poor: Mexican Immigrant Workers in a Low-Income Enclave in San Jose", *CLPP working paper*, Berkeley, A publication of the Chicano/Latino Policy Project.

ZLOLNISKI, C. (1998): *In the Shadow of the Silicon Valley: Mexican Immigrant Workers in a Low-Income Barrio in San Jose*, Ph.D. Dissertation, Santa Bárbara, Department of Anthropology, University of California.